

FAMILIA: BISAGRA EN EL DIVORCIO ENTRE EDUCACIÓN Y SOCIEDAD

Inmaculada Jáuregui Balenciaga

Doctora en Psicología Clínica / Investigación

Pablo Méndez Gallo

Sociólogo - Doctor en Filosofía

Inmaculada & Pablo ijpm@arrakis.es

1. Usurpación del espacio familiar

1.1.- La noción del trabajo y la ética capitalista

La familia moderna nace con Rousseau: la mujer servirá de lazo entre los hijos y el padre. A partir de entonces, los hijos –sobre todo en sus primeros años de vida– cobran por primera vez importancia y, con ello, su educación. La familia se fundamenta en el amor entre padres e hijos. Estamos en el siglo XVIII, momento en que el padre desaparece de la escena familiar (Olivier, 1994).

En los siglos XIX y XX, el Estado sustituye al padre (Flaquer, 1999). La familia burguesa del siglo XIX es llevada por una “verdadera” madre y un padre falso, en el sentido de ausente, que no tiene deberes precisos hacia su descendencia antes de los 14 años, ya que la escuela pública le suple en su función educativa. Además del fenómeno de la escolarización estatal, está el segundo gran fenómeno que llega de la mano de la industrialización. Este desarrollo económico obliga a retirar al padre del hogar para llevarlo a las fábricas bajo el pretexto de ganar la vida para los suyos. Así se define un buen padre. Mientras el padre gana el pan, la madre se convierte, con la complicidad del Estado a través de la medicina, en la única y verdadera adulta de la familia. Así pues el detentador de la “nueva” autoridad paterna y familiar es el Estado quien, por medio de los asistentes sociales, jueces y médicos especializados en la infancia, van a asistir en el deber de educación como “nueva” pareja de la madre, único progenitor válido (Olivier, 1994).

Evidentemente, asistimos a la primera ruptura familiar o desestructuración para la cual se ponen en marcha los primeros servicios de asistencia social y familiar, instituciones dependientes del estado que no dudarán en sacar a los niños de sus hogares destrozados. En los medios más favorecidos los niños son enviados a internados.

En dos siglos la familia ha sufrido una gran metamorfosis: los hombres han cedido su lugar a la madre educadora y el Estado se erige como Padre putativo y construye toda una infraestructura educativa. Es realmente aquí donde nace la familia monoparental. Esto es, la familia evoluciona a partir de premisas políticas y económicas que definirán nuestra sociedad moderna. El acento puesto por la sociedad moderna en la ética protestante y el espíritu capitalista marcarán el desarrollo de la familia y la educación hasta nuestros días.

El protestantismo liberó espiritualmente al ser humano y esta obra fue continuada por el capitalismo liberándolo a nivel mental, social y político (Fromm, 1947). En este sentido, una liberación ha sido la del individuo respecto a la familia y la tradición. Prima el individuo versus el grupo, la comunidad y la familia. Es decir, El Estado de la nueva sociedad moderna separa y aísla a los hombres unos de otros, unos vínculos de otros.

Si hacia finales del siglo XVIII la fuerza motriz del capitalismo permite la gran transformación de la vida doméstica pasando de la familia tradicional a la familia nuclear, a finales del siglo XX esta fuerza provoca la desestructuración de la familia nuclear dando lugar a la “familia postmoderna”, sin autoridad, asocial, anómica, agresiva. Esto es una familia disfuncional generadora de grandes y graves problemas.

Si la principal fuerza de transformación ha sido el sistema económico capitalista para cuyo desarrollo se ha generado todo un sistema político, el principal objeto y objetivo de las políticas sociales, educativas y de todo género debiera ser el propio sistema económico capitalista, hoy de corte neoliberal. Si la raíz del problema se encuentra en el sistema económico y político, si el Estado ha sido el creador de esta nueva situación, éste debe ser objeto de mira en los

nuevos diseños de políticas sociales. Dicho de otro modo, las políticas educativas deben ser dirigidas al Estado y sus instituciones, a los diferentes poderes (legislativo, ejecutivo y judicial) que el Estado ha creado para llevar a la práctica el parricidio. Así mismo, las políticas deben igualmente estar dirigidas hacia los diferentes organismos de poder a través de los cuales se concretizan las políticas estatales.

1.2.- Culpabilización o patologización de la familia por parte del “capitalismo”

La gran paradoja que el Estado hace vivir a los ciudadanos es justamente el mantenimiento de la familia y la educación de los hijos a cargo de la misma, al mismo tiempo que aleja a sus progenitores del hogar el mayor tiempo posible, debido a las exigencias desmesuradas del trabajo, el lucro y el progreso. Es decir, al mismo tiempo que el Estado destruye la familia en pos de su interés (beneficio), mantiene la idea de la misma tal y como se desarrolló en el siglo XVIII. Una de las consecuencias de esta “presión” es la gran culpa que sufren los padres por no poder abarcar todo lo que concierne a la educación de los hijos. Los fallos que pueda haber y que se puedan generar en las familias y en su sistema educativo son responsabilidad de ellas sin tener en cuenta cómo el Estado destruye la propia familia. Ningún sistema asistencial se ha inclinado aún sobre este tema, mas sin embargo se está excesivamente encima de las familias. No se puede educar a los hijos si la mayor parte del tiempo los padres tienen que estar fuera de casa. Una vez más se insiste en la función educativa familiar sin realmente atajarse la raíz del problema: la incompatibilidad entre la economía y política de un país, por un lado, y el desarrollo educativo familiar, por otro. En este sentido, los esfuerzos debieran ir destinados a modificar la política y la economía. Sabiendo qué preponderancia ocupa cada uno en la pirámide, se podrían hacer “políticas sociales” más efectivas, pues los principales destinatarios ya no serían las familias sino, por ejemplo, los propios actores sociales: políticos, jueces, economistas. De alguna manera, los intermediarios asistenciales seguimos jugando el juego del poder: culpabilizar a la familia, dejando de lado todo el aparato estatal.

Se debería atacar a las inflexibles exigencias del mercado laboral en sí y a aquellas personas, grupos y políticas que las hacen viables. Se debiera reorganizar el trabajo, la educación y todo lo relativo a la familia. En vez de cargar a la familia con programas educativos, se debiera cargar a aquellas personas que hacen las leyes, las representan y las defienden, a aquellas personas que se encargan de la economía. Igualmente habría que transformar la sociedad y sus objetivos de bienestar material a costa del bienestar físico, psíquico, social y cultural. Si es cierto que el Estado somos todos en nuestra sociedad moderna, entonces todos debemos ser el objeto de políticas asistenciales y educativas. Todos debemos transformarnos y revisar a fondo nuestros valores y creencias.

La modernidad ha supuesto un control social sobre las actividades antes individuales o familiares. Así, durante la primera etapa de la revolución industrial el capitalismo sacó la producción de la casa y la colectivizó en la fábrica. Más tarde se apropió de las habilidades y conocimientos técnicos del trabajador. Finalmente extendió su control sobre la vida privada del trabajador con la supervisión de la crianza de los vástagos por parte de médicos, psiquiatras, maestros, jueces, trabajadores sociales, psicoeducadores, psicólogos. A la “socialización” de la producción ha seguido la socialización de la reproducción (Lasch, 1996).

Paradójicamente, la salud pública y la moral insistieron en que la familia por sí misma no podía satisfacer sus propias necesidades sin la ayuda e intervención de los expertos (Lasch, 1994). La política pública, lejos de erigirse como defensora de la vida doméstica, la invade y la invalida. Esto es, la familia era vista como un freno al desarrollo y progreso social. Era como un reducto de la nueva tradición moderna, frenando así todo el proceso de homogeneización que hoy conocemos. Así, la familia tendía a conservar tanto la tradición religiosa como lingüística, en contra de la comunidad política y el nacionalismo estatal. Así pues, se intenta apartar a los vástagos de la familia, a la cual culpabilizaban además de explotar a los niños por medio del llamado trabajo infantil. Se coloca a muchos niños bajo la tutela del Estado y la influencia de la escuela, principal actor de aculturación. La sociedad –encarnada por las instituciones del Estado– se erige como la sustituta de la familia privada. Los niños son ciudadanos cuyos derechos sólo son garantizados por el Estado. La escuela rápidamente reemplaza al hogar ya que éste no cumple su función sino que, al contrario, la familia produce inadaptados,

delincuentes y criminales. Así pues escuela y servicios de bienestar social se ponen a trabajar juntos para el Estado y crear así buenos ciudadanos. La escuela, además de enseñar los rudimentos del conocimiento, debe también encargarse de la formación física, mental y social del infante (Lasch, 1996). La asistencia social se erige como tutor "*in loco parentis*", pues los padres no tienen ni la sabiduría ni la educación necesaria para formar a sus hijos. El Estado es la nueva paternidad de la infancia, mientras las familias se convierten en fuente de la patología social. La sociedad y particularmente la familia se convierten en pacientes y como tal hacen falta médicos.

En la era moderna, el poder médico reemplaza al legislativo que a su vez sustituye al eclesiástico como centro simbólico de la sociedad (Lasch, 1996). Con la medicalización social, la desviación se transforma de delito a enfermedad. Así con el surgimiento de las profesiones asistenciales, la sociedad invade la familia, particularmente la función de la madre. Se cumple la profecía de que la familia es incapaz de satisfacer sus propias necesidades, para lo cual le hace falta la ayuda de expertos en salud, educación y bienestar. Tras monopolizar el conocimiento para socializar a los jóvenes, se trata de educar a los padres, es decir, tras declarar a la familia (los padres) incompetentes para educar a sus vástagos, se la reclama de nuevo para verter sobre ella el conocimiento del cual los patólogos sociales se habían apoderado (Lasch, 1996). De este modo predominan las modalidades terapéuticas reemplazando la política para lograr mejoras en los trabajadores. Dado el fracaso terapéutico se impone la política del consumo como método para compensar las privaciones sufridas y aparece así el trabajador como consumidor. El consumismo prescribe un papel más amplio para las mujeres, sobre todo en lo tocante a la administración y gestión del hogar.

Al desaparecer la familia como mecanismo de control, las profesiones asistenciales y la publicidad aparecen como agentes "nuevos" de control con sus "nuevas" prescripciones y proscipciones acerca de cómo ser y estar en la sociedad. De esta manera socavan la poca autoridad que quedaba en la familia.

2. Falta de autoridad y lo políticamente correcto

2.1.- El mayor problema social: una sociedad sin padre, sin autoridad

La fragmentación de la paternidad representa el punto final o la culminación de un largo proceso histórico y evolutivo: la segura disminución de la paternidad como papel protagonista en la socialización de la infancia (Blankenhorn, 1995). En estos dos últimos siglos, los padres han sido progresivamente desplazados del centro a la periferia.

La revolución francesa es la muerte del padre (autoritario) y con ello, el estrechamiento del poder patriarcal. Dicho poder es sustituido por el Estado y la madre cobra una importancia fundamental en la educación de los hijos: ella se convierte en el principal agente de educación y por lo tanto de socialización. El Estado es el nuevo marido de la madre y entre ambos crían y educan a los vástagos. Puesto que el padre se erigía como mediador en la diada madre-vástago y se encargaba de iniciar a la descendencia en el mundo de lo social, su desaparición tendrá consecuencias importantes tanto en la esfera social como en la íntima.

A nivel psicológico, el padre es el primer otro que el infante conoce. Es el factor fundamental de la separación de una relación simbiótica que la madre y el infante han establecido. La separación inicia el verdadero y auténtico mundo humano puesto que el infante empieza a relacionarse con el mundo de manera mediada y no inmediata (Mahler et al, 1975). La figura del padre no sólo permite esta separación y comienzo de unas nuevas relaciones mediadas sino que además permite la diferenciación puesto que el padre encarna todo aquello que no es madre. En este sentido la figura del padre encarna un principio de realidad y de orden (Corneau, 1991).

A nivel social el padre encarna la ley y así mismo el orden social puesto que el padre se erige como el tercero en la familia. Es el padre el que facilita el paso del mundo familiar al mundo social, función que en la Grecia clásica era realizada por el *paidagogo*, el acompañante entre dos mundos. Como rol social, el objetivo fundamental de la paternidad es la socialización de los

vástagos y en este sentido, de la buena paternidad depende fundamentalmente la buena culturización de los infantes. Si la maternidad parece más bien ligada a la biología, la paternidad está ligada a la cultura, a la sociedad. Como rol social, la paternidad tiene que ver con la creación y aceptación de normas culturales, con la identidad, con el orden social.

La falta de paternidad, por así decirlo, tiene graves consecuencias tanto a nivel psicológico como social y cultural: confusión en la identidad, problemas de conducta y de agresividad, inadecuación cuando no desaparición de las normas culturales y sociales como el tabú del incesto, etc.

A nivel social y cultural, podemos decir que los individuos no están socializados y los ciudadanos no están civilizados. Se trata de una sociedad de hermanos, destacando las luchas fraticidas tal como las describe Freud. La comunidad y lo vincular ha desaparecido, por lo que la violencia emerge en la esfera social y pública erigiéndose en protagonista en sus más diversas formas: guerra, terrorismo, violencia doméstica, vandalismo.

A nivel económico podemos decir que habiendo desaparecido el padre no sólo como sustento familiar sino también a nivel físico, muchas de las familias, cada vez más son sostenidas o por la madre o por el estado con el consabido empobrecimiento de las mismas.

En definitiva, hay menos protección, menos dinero, menos recursos materiales, menos transmisión cultural, menos normas y leyes.

Ante la tesitura de la desaparición del poder autoritario, y dada la confusión entre autoritarismo y autoridad, emerge un nuevo padre convertido en amigo, un compañero más del hijo. Se trata de una paternidad superflua, no basada en jerarquías sino en complicidades, sin distinciones ni rigideces; desligados ambos de toda responsabilidad, sólo queda el vínculo débil y amorfo de la familia sin fin e infinitamente feliz.

2.2.- Sociedades débiles

La modernidad ha introducido la flexibilidad y por ende, en lo tocante a la educación y crianza de los infantes, la permisividad. De esta manera se pretendía contrarrestar los efectos nocivos que había causado el ya viejo mundo autoritario. Aparece así el miedo: miedo a establecer principios, a coartar libertades, a moldear la vida de los hijos, a comprometerse. A través de esta permisividad –extrapolación del *laissez-faire* capitalista- se pretendía el establecimiento de un diálogo y una mayor afección. Lo que se ha generado es el paso desde la omnipotencia a la impotencia.

El ideal moderno de la juventud ha desembocado en lo provisional, en el corto plazo, en lo volátil, lo superfluo, lo efímero. Pero quizás, de cara a la familia, que es lo que aquí nos interesa, nos ha reducido a todos y a todas en eternos adolescentes. Todos somos hijos y jóvenes. En este sentido, nuestra sociedad se asemeja a una hermandad de huérfanos: no hay padre, no hay adulto, no hay nadie que se haga responsable de nada. Cuando se nos pregunta qué hacer con los jóvenes, qué hacer con los adolescentes. Debemos también preguntarnos qué hacemos con padres, madres y adultos adolescentes.

El mito de la eterna juventud toma forma en lo que Vicente Verdú llama el capitalismo de ficción basado en las representaciones y en el cual los adultos encarnan el papel de Peter Pan. AABKA es el acrónimo que utiliza la publicidad para referirse a ese proceso: “adults are becoming kids again”, esto es, adultos que se convierten en niños otra vez (Verdú, 2003). En ese mundo horizontal de todos-iguales los niños ya no pueden serlo porque otros niños, con muchos más años, pretenden usurpar su posición, ser objeto exclusivo de la atención de los otros. Se arrojan las mismas necesidades emocionales que sus vástagos en un contexto en el que nadie quiere asumir el papel de adulto, autoridad, sustentador. Hablamos de una sociedad de protegidos donde ya ni tan siquiera el Estado es protector. Todos y cada uno de sus miembros miran hacia sí mismos: es la sociedad narcisista de la que habla Christopher Lasch (1999) o el capitalismo de ficción del que habla Vicente Verdú (2003) donde los sujetos en tanto que objetos (de consumo) se consumen a sí mismos. En suma, una sociedad débil y de

débiles por la ausencia del elemento paterno protector. Una sociedad que destaca por su imposibilidad para aceptar los límites, intolerante, impulsiva-compulsiva, psicopática cuya otredad tiene que ser eliminada en pos de una homogeneidad, profundamente vacía, con una bajísima tolerancia a la frustración y anclada en la queja, entre otras fragilidades.

3.- Incompatibilidades

3.1.- La demanda “capitalista” y las necesidades emocionales familiares

Por un lado, el Estado ha expropiado la crianza y educación de los vástagos a la familia y ello con la complicidad pseudocientífica de profesiones relacionadas con la salud. Y por otro lado, paradójicamente, se ha producido un ensalzamiento de la familia como valor supremo aunque ésta traiga consigo una desvalorización del trabajo. De alguna manera la glorificación de la familia y de la vida privada que ésta suponía era la otra cara de un mundo laboral impersonal, frustrante. Lo que el trabajo privaba debía compensarse en el reino del hogar: último reducto de lo privado.

La tensión entre la familia y el orden político y económico cada vez es mayor porque la nueva ética (protestante) del capitalismo prona el ensalzamiento del trabajo como única fuente de satisfacción (Weber, 2001) y la familia es el último resto del tradicionalismo, ha resultado ser el enemigo número uno del espíritu del capitalismo.

La nueva y postmoderna organización del trabajo así como la única actividad, el consumismo, indica que “nada es a largo plazo” ni tan siquiera los vínculos sociales. Ya no se consume la materia sino la experiencia. Este lema de nada a largo plazo rompe con el compromiso. La nueva red se forma a partir de vínculos débiles (Sennett, 1998). Los empleos ya no son de larga duración; todo es fugaz y breve. A los trabajadores se les pide “flexibilidad”. Así tenemos una nueva dimensión temporal del capitalismo postmoderno que afecta directamente en la vida emocional de las personas. Hay que moverse, estar constantemente fuera. Este lema se traslada evidentemente a la familia y con ello se debilita el compromiso y el sacrificio. El conflicto entre familia y trabajo se hace cada vez más patente y visible pues ¿cómo puede haber relaciones estables y duraderas en una sociedad que valoriza justamente lo contrario? Este capitalismo a corto plazo cuya economía se alimenta de experiencias a la deriva en el tiempo, saltando de un lugar a otro, de un empleo a otro corroe fundamentalmente aquellos aspectos que justamente unen a los seres humanos entre sí dándoles una sensación de “identidad sostenible”. Todas las experiencias humanas son fragmentadas, desconectadas igual que los seres humanos. Las necesidades humanas de pertenencia, de estabilidad, de seguridad son negadas, olvidadas cuando no borradas. Y el último reducto de seguridad que era la familia también se ve contaminada por esta economía. Resulta realmente imposible mantener un vínculo estable y duradero cuando la economía y el trabajo te dicen justamente lo contrario. ¿Cuándo voy a pasar tiempo con mis hijos, con mi mujer si tengo que trabajar seis días por semana con un salario bajo y bajo la amenaza constante del despido? ¿Cómo voy a comprometerme con ellos si no tengo un horario fijo de salida? El mercado se mueve demasiado deprisa como para permitir que alguien o algo permanezca el tiempo suficiente. Los trabajos se acompañan con contratos temporales y cada vez con menos seguridad. Bajo estas premisas economicistas, no solamente se debilitan los vínculos sociales sino los familiares y todo aquello relacionado con las relaciones humanas. Los vínculos sólidos y estables dependen de una asociación a largo plazo, de un compromiso. Pero ¿qué compromiso podemos adquirir con los nuestros si no sabemos cuándo ni cómo vamos a estar con ellos?

La empresa se ha flexibilizado al mismo tiempo que se ha “desautorizado”. No hay nadie que se haga responsable de nada. Como dice Eric Fromm, la autoridad se ha vuelto anónima. Y paradójicamente lo que destaca es la ineficiencia y la desorganización. Pero, en cuanto a la familia se refiere, seguimos manteniendo todo un conservadurismo cultural que no es más que una comunidad simbólica idealizada (Sennett, 1998) que nada tiene que ver con la realidad cotidiana que se vive.

3.2.- La familia como refugio y reducto de lo privado

La práctica del matrimonio de conveniencia deja paso al matrimonio basado en el amor romántico. Surge así la familia como último reducto de lo privado, constituyéndose en refugio ante un mundo cada vez más comercial e industrial. A la familia, a lo íntimo, se le califica de privado, es decir, decir familia es decir familia privada (Sennett, 1980). Esto es, ante la vacuidad y esterilización de las relaciones humanas en la esfera pública, la gente desplaza su deseo de relaciones íntimas emocionales hacia una sola esfera: la del hogar. Las únicas relaciones no vacuas parecen ser las familiares. La familia privada es una pequeña región privada, escondida, en donde es posible la expresión emocional abierta. De este modo la familia se retira de la esfera social y pública y en su lugar se sitúa el trabajo y su corolario, la consumición como únicos protagonistas.

Al mismo tiempo que surge una nueva concepción de la familia como privado, también surge una nueva concepción de la infancia. El niño deja de ser comprendido como un pequeño adulto para pasar a ser una persona con atributos propios como entre ellos el de la vulnerabilidad e inocencia. Educadores y moralistas resaltan las necesidades propias de la infancia como el juego y un desarrollo gradual. La crianza de los vástagos es cada vez más exigente y los lazos entre padres e hijos se intensifican, paradójicamente al mismo tiempo que los vínculos del núcleo familiar con el entorno se debilitan. Nace aquí la sobrecarga emocional entre padres e hijos (Lasch, 1996).

Estamos en una sociedad de compromisos sin ataduras y en ella impera como bastión un ideal familístico, una imagen familiar (Sennett, 1980) que es más del orden de la ideología que de la realidad.

4.- La familia: una entidad de riesgo y consumo

4.1.- Sociedades de riesgo- familias de riesgo

Históricamente, el riesgo ha sido un elemento que ha correspondido, de forma casi patrimonial, a los sectores más opulentos de la sociedad. A fin de cuentas, sólo quien posee algo –de tipo material o simbólico– corre el peligro de perderlo. Las clases socialmente más desfavorecidas vivían en un mundo caracterizado por la falta, la carencia. Ni tan siquiera sus propias vidas tenían un valor supuesto, como por ejemplo se pueda pensar des la Declaración Universal de los Derechos Humanos, cuando a toda vida se confiere igual valor.

La llegada de la modernidad, con la Revolución Industrial –entre otras– y la nueva lógica del trabajo y del capital que se impone por medio de la clase revolucionaria (burguesía), trae también consigo una nueva concepción del riesgo, así como de las interacciones que éste genera. El capitalismo asume como principio básico de funcionamiento la idea de la reducción de riesgos, en un contexto donde el capital económico se prioriza frente al capital simbólico (honor) de tiempos anteriores. El nuevo evangelio viene marcado por ‘máximo beneficio, mínimo coste’. Así, el riesgo se empieza a socializar, dejando de ser patrimonio de las clases poderosas. Las nuevas familias, basadas en el sustento único del padre-trabajador-industrial, pueden ver peligrar su bienestar (¡!) en caso de desaparición (accidente, enfermedad, muerte) del progenitor-sustentador. Problema que no lo será para el ‘propietario de los medios de producción’, quien rápidamente encontrará repuesto para su ‘engranaje defectuoso’. La idea de una Seguridad Social destinada a la población trabajadora nos induce a pensar en la transferencia social que ha sufrido la idea del riesgo: desde los despachos de gestión a las naves de producción. De alguna manera, el Crack del 29 marcaría el último punto en el que una mala inversión acabara incluso con la vida del inversor. Podríamos decir que, desde entonces, es el dinero de los pequeños ahorradores (clase media) el que corre el riesgo ante los juegos financieros de los grandes ‘inversores’.

En definitiva, el riesgo ya no se sitúa más del lado del Capital sino del lado de lo social, junto al trabajo. El riesgo ya no sólo no infiere prestigio sino que se convierte en algo a desterrar. Y, en la medida en que perjudica al beneficio, se convierte en algo a perseguir, a criminalizar. Prueba de esto último es la propagación de la idea de la Prevención de Riesgos Laborales: sentadas

las bases legales de lo que se debe y no se debe, de lo prescrito y lo proscrito, el riesgo se individualiza y, de esta manera, es perseguible jurídicamente. Lo que esto conlleva es una estigmatización del portador del riesgo, como si de un virus infeccioso se tratara. Virus que, de forma general, afecta al trabajador, pues es éste quien, en última instancia, tiene la obligación de no asumir los riesgos que se le planteen (así lo van recogiendo diferentes sentencias judiciales al respecto).

Finalmente, se nos dice, la cuestión del riesgo es un tema educativo y, como tal, se deriva al mundo de la escuela y la familia. La escuela como garante de la adquisición de conocimientos por parte de la población. La familia, por no poderse permitir los costes económicos que genera la asunción y materialización de los riesgos: accidentes, enfermedades, muerte. Y este es el punto que aquí nos interesa: la derivación de los riesgos al ámbito de la escuela y la familia, para mayor beneficio del mundo empresarial. El objetivo último del mundo del capital busca la creación de un ejército de trabajadores (véase Chaplin, 'Tiempos Modernos') que, por medio de la instrucción, garantice una rentabilidad plena para inversiones seguras. Y para ello debe verse liberado de todo tipo de constrictión: "*UNICE* [organización de empresarios de 30 países europeos] *pide aplazar las normas sociales que obligan a las empresas*" (El País, 10/09/04), bajo el argumento de mejorar la 'competitividad' empresarial.

En este sentido, la familia moderna asume dos roles fundamentales: el papel de cantera para la producción de futuros nuevos trabajadores (procreación) que, en su defecto, deberán ser importados (inmigración). Y socializar en los nuevos valores de integración, que pasan por el consumo. La escuela, por su parte, verá su papel reducido al de instructores de dicho ejército de trabajadores, a la manera de un nuevo servicio militar que obliga a todos por igual (enseñanza secundaria obligatoria: ESO). Dicha instrucción asume la forma de un contrato – unilateral– por medio del cual el individuo se compromete a responsabilizarse de todo aquello que se le plantee, descontextualizando su situación de las condiciones inherentes a la propia existencia, todo ello de manera (sospechosamente) arbitraria. Desmarcarse de dicho contrato implica incurrir en un delito, desde el punto de vista jurídico, y conduce a la exclusión social, desde el punto de vista de los servicios sociales. Esto es, se estigmatiza a aquellos que, de una manera u otra, denuncian el sistema, negándose a participar en él.

Pero incluso se llega a estigmatizar a aquellos que, queriendo participar, no se les deja pues han perdido el tren de la competitividad (mayores de 45 años), o porque no son plenamente capaces en sus habilidades físicas o psíquicas (minusválidos) o han tenido un 'defecto' de nacimiento (mujeres), etc. A todos estos, al menos, se considera colectivos en riesgo (de exclusión social), esto es, imposibilitados para acceder al mercado de trabajo y, aún peor, al mercado de consumo. El riesgo se convierte en un útil de clasificación y un pretexto para el estigma. El grupo en riesgo pasa a ser el moderno chivo expiatorio, propio de las sociedades primitivas; el hechicero de los Servicios Sociales será quien intente apaciguar sus males.

Al mismo tiempo, designar a un grupo en riesgo es también denunciarlo, reprocharle su desviación, su falta y, por lo tanto, hay que apartarlo para que no "contamine" a otros segmentos de la población (Peretti-Watel 2000). Junto con esta noción de riesgo vuelve la noción de responsabilidad.

El restablecimiento del orden pasa por designar y castigar al chivo expiatorio, que en nuestra sociedad moderna se traduce por ser el objeto de políticas de actuación. En el caso que nos ocupa, la familia sigue siendo el principal chivo expiatorio al cual deben dirigirse la mayor parte de políticas sociales, asistenciales y educativas para seguir garantizando el orden económico y político impuesto por el capital.

4.2.- Familia y consumo

Decíamos que la familia ha quedado reducida, junto con la reproducción, a un espacio de consumo. Si consideramos que la institución familiar representa la primera instancia para la socialización de las personas, el papel que ésta cumple actualmente es la de dar acceso a los menores a un espacio de consumo. De esta manera, la familia seguirá cumpliendo uno de sus principales cometidos que es el de garantizar la reproducción del orden social. La nueva

familia, desposeída de un rol productivo, así como del rol educativo, queda limitada a un terreno meramente reproductivo, en tanto que mantenedor de los valores circulantes, receptáculo de los dictados del mercado. Quedarse fuera de los circuitos comerciales significa tanto como estigmatizar a los menores, que no se verán así agrupados (identificados) con la marca de sus iguales: el viejo eslogan de 'Lee te identifica'. Cómo hacer que un hijo/a no sea portador de aquellos elementos que le permiten la entrada al círculo social más inmediato, como puedan ser los compañeros de clase o la pandilla de amigos.

Si aceptamos que la publicidad, en tanto que espacio que todo lo abarca –pues llega hasta los espacios más íntimos de nuestro ámbito privado– es creadora de estilos e ideales de vida, la familia se ha convertido en la diana preferida de los publicistas. Estos saben de sobra que la familia hará el esfuerzo necesario para que los propios tengan la mejor de las vidas posibles y eso, hoy día, sólo lo aporta el mercado: consumir no sólo es terapéutico para el alma, sino que además resulta integrador. La manera de no quedar excluido en lo social viene dado por la capacidad de acceso al consumo.

La solución que aportan los expertos, obviamente, viene dada por la educación en el consumo para lo que –el tiempo lo dirá– habrá que crear una nueva área en las escuelas donde se enseñará a los más jóvenes a consumir de forma racional (como si eso existiera): “Busque, compare y, si encuentra algo mejor, cómprelo”. Como si el consumo tuviera algo que ver con la satisfacción de necesidades, los expertos nos dicen que consumamos de manera racional. Sin embargo, a modo de cortocircuito, la publicidad nos dice: “Abusa, sólo es un yogur”. Cruce de comunicaciones que juega en detrimento de los educadores (académicos o familiares), desautorizándolos: sólo el despilfarro (como siempre ha sido) marca el camino hacia el prestigio social, el éxito o la fama (la ideología del futuro, que decía Boris Izaguirre). El consumo es el 'Potlach' de las sociedades modernas; la vía por la cual un individuo acumula prestigio como vía para la adquisición de reconocimiento social a través del “despilfarro”. En tanto que institución cultural, el consumo *“produce y reproduce la necesaria diferenciación de los consumidores a través del mensaje publicitario y de las prácticas inducidas de emulación y competencia”* (Rodríguez Cabrero, 2002: 9).

Ante dicha situación, las familias se ven empujadas al gasto, no orientado a la satisfacción de necesidades básicas, sino fundamentalmente políticas y simbólicas. Esto enseña que los principios por los que el individuo moderno debe regirse no es por el de las propias metas basadas en la excelencia, sino por el lado negativo de la dependencia de la mirada ajena: el popular '¡qué dirán!'. Dicho de otro modo, facilita hasta el paroxismo la tarea controladora del estado por cuanto dificulta la autonomización o emancipación del individuo, así como la tarea publicitaria del mercado, que exige estar a la última para no descarriarse en la carrera de la diferenciación.

5.- Educación Familiar

La Educación familiar se define en su doble vertiente por un lado como la actividad educativa que los padres realizan con sus hijos y por otro, la tarea llevada a cabo por profesionales para suplir a los padres. En principio la Educación familiar pretende dar respuesta a las necesidades de los padres en materia de educación de los hijos en un mundo en cambio que produce inseguridades y temores.

Los programas de Educación familiar o educación para padres pretenden orientar a los padres en general y, de manera particular, ayudar a aquellas familias en “riesgo”, destinatarias a su vez de muchos de los programas sociales auspiciados por la administración pública.

5.1.- ¿Qué es educación?

Antes de hablar de educación familiar habría que reflexionar sobre el término educación y su evolución o mejor dicho su significado.

Educación es un término acuñado en la Edad Media y retomado por Voltaire en el siglo XVIII (Barylko, 1992). El término educar tiene dos acepciones. Por un lado la significación que viene del verbo *educare* que significa criar, cuidar. En este sentido educare se refiere al apoyo que se brinda a una persona que lo necesita (Barylko, 1992). En este sentido educar es criar, instruir, enseñar, formar el espíritu. Pero por otro lado, el mismo término tiene otra acepción derivada del verbo *educere*, conducir. Esto es sacar afuera, llevar en el sentido de un punto de vista a otro, es el avanzar, elevar. En este sentido la educación permite extraer, hacer salir y alude a crecer, a salir del propio interior. De alguna manera, el ser humano se forma tanto desde el exterior como desde el interior.

La modernidad, de las dos acepciones posibles con que cuenta el término educar, se ha quedado únicamente con la acepción más mecánica, naturalista y objetivista del término que es la de instruir y criar. Es decir el significado de cuidar, de cultura, que entra dentro de esta primera significación, también ha desaparecido. En definitiva, ha desaparecido la dimensión interior y de la exterior, sólo nos hemos quedado con aquella que parece más relacionada con la biología que es el criar y alimentar.

Pero esta moderna restricción tiene su origen en el mundo de la antigüedad clásica, esto es, en Grecia. Es en Grecia donde se da forma a la significación de educación, *paideia*, noción a su vez estrechamente imbricada con la de cultura y civilización en su sentido ético y político. Dicho de otro modo, la educación en su sentido original remite a la *paideia*: «*Es el origen de la educación en el sentido estricto de la palabra: paideia*» (Jaeger, 1996: 263). En definitiva, «*la educación, en última instancia, es educación ética*» (Barylko, 1992: 58).

Pero la época helénica es un período que abarca mucho. Tenemos el período clásico, la Grecia de Homero o primera Grecia, en donde la *paideia* era concebida como un elemento formativo cuyo protagonista era la poesía. Efectivamente, el fin último del ser humano era la areté o virtud y el camino para llegar a ello, es decir, la formación venía de la poesía. Con ella nace el espíritu filosófico griego, convirtiéndose así en la fuerza educadora. La poesía, madre de la filosofía, deviene «*la educación de la nación*» (Jaeger, 1996: 167). La educación en este período es inseparable de la noción de cultura.

El gran cambio que se viene gestando desde la Grecia Homerica hasta la Grecia de Pericles es fruto de toda una evolución histórica y por lo tanto gradual y viene de la mano de los sofistas quienes convertirán a la educación en *techné*, es decir técnica. Es en este período donde se produce una escisión entre religión, en el sentido de trascendencia, y educación. Los sofistas inciden en los contenidos y en la objetivación de la educación, surgiendo así el *trivium* y *cuadrivium* y representada en la época moderna por la escisión entre letras y ciencias. Estos pensadores sentaron los fundamentos pedagógicos y formativos de lo que heredamos como educación. También los sofistas amplían la educación, *paideia*, de la infancia a la adultez, naciendo así la formación del hombre adulto.

Pero será Platón quien institucionalizará la educación poniéndola en manos del Estado: «*Platón [...] enfoca la labor moral de educador como una labor de edificación del estado mismo*» (Jaeger, 1996: 478). La idea de Platón implica el sacrificio de la familia como institución jurídica y ética porque entorpece la verdadera unidad entre los ciudadanos. La vida familiar se ve reducida a un segundo plano. El Estado platónico suplanta a la familia, erigiéndose él mismo como una gran familia. Pues bien, esta idea ha sido concretizada en nuestra modernidad, el Estado-nación "capitalista", Estado-ciudad platónico. Al término de este párrafo, no parece que hayamos avanzado tanto.

Si la poesía era en la Grecia clásica la esencia de la educación, ello enlaza con la concepción romana del programa pedagógico llamado *trivium*, es decir, lectura, escritura y aritmética, vías por las cuales la persona podía acceder a ser humano (Barylko, 1992). También esta concepción clásica enlaza con la concepción marginal que ha sucumbido en la modernidad de que aquel o aquella que tiene cultura es aquel o aquella que lee. Para tener cultura, se entendía hasta muy recientemente que había que leer. Leer para pensar, es descubrir otra imagen de las cosas, otra visión, otro enfoque:

«Si leo, pienso, caigo en la abstracción que la palabra escrita puede suscitar en mí, pienso, imagino, medito [...] reflexiono, me flexiono sobre mí mismo...» (Barylko, 1992: 86).

La cultura permite crear y ello es posible gracias a la educación, que no se refiere a los hechos, ni a la eficacia sino al significado, a los mitos, a los cuentos. Se trata de sentimientos, de crear y transmitir significados. La educación permite crear porque se refiere al orden del sentido de la existencia. Procrear es un acto natural y nos acerca a la especie animal, pero crear es un acto propiamente humano y ello no es posible sin educación. Pero la modernidad ha prescindido del trivium porque sobra. Se ha deslizado hacia la concepción de lo inútil y por lo tanto de lo prescindible.

5.2. ¿Para quién educar? ¿Para qué educar? ¿A quién educar? ¿A qué educar?

¿Cómo hablar de educación familiar en un contexto en el que la familia ha sido erradicada? ¿A quién hay que educar: a la familia o a la sociedad por entera haciendo especial hincapié en los políticos, economistas, gestores, agentes sociales? ¿Cómo hablar de educación cuando gran parte de su significado ha desaparecido o está en vías de extinción?

Con todo lo expuesto anteriormente, nos parece obvio que más que educar a las familias tenemos que educarnos todos en cuanto sociedad. Esto es, más que hablar de educación familiar debiéramos hablar de educación social. Y de educar en primer lugar, debiéramos educar a políticos, economistas, gerentes, empresarios, médicos, psiquiatras, sociólogos, trabajadores sociales, psicólogos, maestros, pedagogos, jueces, abogados... un sinnúmero de profesiones que en vez de cuestionar lo que les viene dado, dirigen su tarea hacia abajo en la vertical hacia objetivos que significan una pérdida de tiempo, de energías y de dinero. Las familias no son precisamente los objetivos más necesitados en cuanto a educación. Muchas de ellas, no tienen ni tiempo ni dinero suficiente debido a la norma que impera en la sociedad.

No hay que inventar nuevos programas para educar y obtener resultados, basta mirar atrás, hacia lo que ya se ha escrito para entender realmente y pasar a la acción:

«Toda educación espiritual superior se basa en desarrollar la capacidad de los hombres para comprenderse mutuamente. Este tipo de educación no consiste en la acumulación de simples conocimientos profesionales de cualquier clase que ellos sean, sino que versa sobre las fuerzas que mantienen en cohesión la comunidad humana. Estas fuerzas son las que se resumen en la palabra logos. La cultura superior es la que educa al hombre por el lenguaje así concebido, es decir, por el lenguaje como palabra pletórica de sentido, referida a los asuntos que son fundamentales para la vida de la comunidad humana y que los griegos llamaban “los asuntos de la polis”» (Isócrates en Jaeger, 1996: 935).

«Tanto esfuerzo para llegar a ninguna parte [...] En el mundo del pensamiento actual lo que más debería preocupar no es la educación de los hijos, sino la de los padres, la de los adultos» (Barylko, 1992: 108).

Se pretende cubrir todos los espacios de la vida de los hijos por su bien. Así pues tanto las familias como las escuelas se dotan de todo aparato futurista amén de los nuevos programas idiomáticos y otras asignaturas destinadas, en teoría, no tanto a formar, ni a educar ni mucho menos a culturizar sino a responder a las demandas laborales y consumistas que la sociedad nos impone. En este sentido, se tiene plena libertad pero siempre y cuando se sigan las reglas del juego. De esta manera, los infantes no pueden disponer de su propio tiempo para jugar, para disfrutar, para contemplar, para pensar, para imaginar. Todos y todas deben ser guiados por juegos educativos y didácticos siguiendo la última moda propuesta por los expertos. Para ello inundamos todo el espacio infante-juvenil de programas con objetivos, evaluaciones, metodologías para motivar, para producir vivencias, surgiendo así un “aparente” exceso de preocupación. La situación se vuelve agobiante y acosante. Al mismo tiempo, en la sociedad se buscan soluciones a los efectos que ella misma crea con un sistema de vida violento, falto de ética, contradictorio, masivo, individualista, egocéntrico, hedonista, narcisista, consumista, en definitiva, absurdo. Los infantes crecen dentro de un marco pedagógico compulsivo y estéril que llevan a las más variopintas evasiones (adicciones). Se interviene en exceso en los

programas educativos que ya se extienden a las familias mas luego se pretende salvaguardar no se qué intimidad pues todo está teñido de falsa pedagogía.

Si los infantes hacen lo que sus padres y éstos a su vez lo que la sociedad les dicta y éstas a su vez lo que las multinacionales les dice, ¿Qué es lo que tendremos que educar? ¿Cómo lo tendremos que hacer? Si la sociedad, al igual que hacienda, somos todos, por lógica, todos nos tendremos que educar. La manera de avanzar es volver la vista atrás.

BIBLIOGRAFÍA

- Barylko, J. (1992). *El miedo a los hijos*. Elipse. Barcelona.
- Blankenhorn, D. (1995). *Fatherless America. Confronting our Most Urgent Social Problem*. Harper Perennial. United States.
- Corneau, G. (1991). *Hijos del silencio*. Circe. Barcelona.
- Flaquer, Ll. (1999). *La estrella menguante del padre*. Ariel. Barcelona.
- Freud, S. (1987). *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial. Madrid.
- Fromm, E. (1947). *El miedo a la libertad*. Paidós. Barcelona.
- Jaeger, W. (1996). *Paideia*. CFE. España.
- Lasch, C. (1996). *Refugio en un mundo despiadado*. Gedisa. Barcelona.
- Lasch, C. (1999). *La cultura del narcisismo*. Andrés Bello. Barcelona.
- Mahler, M., Pine, F. y Bergman, A. (1975). *The Psychological Birth of The Human Infant*. Basic Books. New York.
- Mitscherlich, A. (1969). *Society Without The Father*. Tavistock Publications. Toronto.
- Olivier, C. (1994) *Les fils d'Orestre*. Flammarion. France.
- Peretti-Watel, P. (2000) *Sociologie du risque*. Armand Colin. Paris.
- Rodríguez Cabrero, G. (2002). Economía política de la sociedad de consumo y el estado de bienestar. En *Política y sociedad*, 39 (1) (pp. 7-25).
- Sennett, R. (1980). *Narcisismo y cultura moderna*. Kairós. Barcelona.
- Sennett, R. (1998). *La corrosión del carácter*. Anagrama. Barcelona.
- Verdú, V. (2003). *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*. Anagrama. Barcelona.
- Weber, M. (2001). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Alianza Editorial. Madrid.